



# Espino Gris

CRYSTAL SMITH

GRANTRAVESÍA

*Espino Gris*

**GRANTRAVESÍA**

CRYSTAL SMITH

# *Espino Gris*



Traducción de  
Enrique Mercado

**GRANTRAVESÍA**

ESPINO GRIS

Título original: *Greythorne*

© 2020, Crystal Smith

Traducción: Enrique Mercado

Ilustración de portada: © 2020, Chantal Horeis  
Diseño de portada: Celeste Knudsen  
Fotografía de la autora: Katey Campbell Jones  
Mapa: Francesca Baerald

D.R. © 2021, Editorial Océano, S.L.  
Milanesat 21-23, Edificio Océano  
08017 Barcelona, España  
[www.oceano.com](http://www.oceano.com)  
[www.grantravesia.es](http://www.grantravesia.es)

D.R. © 2020, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.  
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas  
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México  
[www.oceano.mx](http://www.oceano.mx)  
[www.grantravesia.com](http://www.grantravesia.com)

Primera edición: 2021

ISBN: 978-84-122940-2-6  
Depósito legal: B 6167-2021

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005416010421

*A Carma,  
quien leyó cada borrador  
por imperfecto que fuera*

# PARTE UNO



Conrad Costin Altenar, de ocho años de edad y próximo rey del insigne señorío de Renalt, tarareaba al ritmo de los chirridos y convulsiones de su carruaje. Era una canción popular de Renalt, concebida para recitarse en un tono menor y melancólico: *No vayas nunca al Ebonwilde, / donde una bruja encontrarás...* Todos se sabían de memoria la estrofa inicial, pero él prefería la segunda, que pintaba a un jinete misterioso:

*No vayas, hijo mío, al Ebonwilde,  
porque un jinete infame monta ahí.  
Llama plateada de su rucio es crin,  
sus ojos dos tizones como el mal.  
No vayas, hijo mío, al Ebonwilde,  
reposa en esta cama placentera.  
Si lo ves, hijo mío, en el Ebonwilde,  
quizá pierdas el tino y la cabeza.*

A la vez que canturreaba, se entretenía con un juguete nuevo: una puntiaguda caja sorpresa de nueve lados e intrincados bordes y pasadores que debían pulsarse e invertirse en el orden correcto para que abrieran una sección que

contenía una recompensa. Era un obsequio anticipado de su hermana, Aurelia, con motivo de su coronación inminente, prevista para dos días más tarde. Persuadido de que la cajita escondía caramelos, se concentró en ella durante su paseo por Renalt. Deseaba descifrarla antes de que el viaje llegara a su fin y, aunque ya se hallaban a un par de kilómetros de *Espino Gris* —su última escala y sitio elegido como punto de partida del desfile de coronación—, estaba seguro de que ya habría resuelto el acertijo y devorado el caramelo para el momento en que llegaran al pórtico.

A medida que se concentraba más y más, su canturreo languidecía.

Presión, vuelta, giro, giro, golpe y...

Nada.

—¡Estrellas infernales! —exclamó antes de que pasara la vista por el vehículo vacío y confirmara que nadie lo había escuchado. Su única compañía era su propia imagen, que lo miró desde el reflejo del cristal en el otro extremo del coche.

Onal, la gruñona anciana que en las últimas cinco décadas había servido como médica y consejera de confianza de la familia real, decía siempre que las malas palabras eran señal inequívoca de una mente ociosa, pero no debía creer realmente en su dicho, pues ella misma poseía una impresionante colección de vulgaridades que usaba con extrema libertad. Aun así, la vieja era irreprochable —nadie se atrevía jamás a censurarla—, mientras que la conducta de Conrad estaba sujeta a una vigilancia muy estricta. Ése había sido justamente el motivo de su salida: mostrar al pueblo de Renalt que su joven soberano estaba preparado para gobernar. *Buscan razones para sacarte*, le dijo Aurelia cuando se despidieron. *No les des una.*

Pese a que le habría gustado que compartiera con él esta aventura, sabía que era mejor que guardara distancia. Si el rey quería que sus súbditos aceptaran sus decisiones, primero era preciso que lo admitieran como gobernante. Más valía que no se les recordara lo que le unía a una bruja sospechosa de haber destruido la capital de Achleva.

Esto no significaba que Aurelia temiera enfrentarse a sus detractores. A nada le tenía miedo: personas intolerantes, ciudades en ruinas, conjuros de sangre... ni siquiera la soledad y las sombras.

Conrad tragó saliva y apartó la cortina para mirar las negras nubes que se acumulaban en el cielo. Se aproximaba una tormenta, seguida muy de cerca por el ocaso. Elevó a las alturas un rezo compungido: *¡Piadosa y santa Empírea! Perdóname por haber maldecido de nuevo. Permite que lleguemos a Greythorne antes de que caiga la noche.*

Las tinieblas no le asustaban, pero en los últimos meses las noches más negras habían presagiado los sucesos más aterradoros. Toris lo había engañado en la oscuridad para que traicionara a Aurelia; Lisette le había sido arrebatada en las sombras y no había vuelto a verla desde entonces. Y en la noche más densa que hubiera visto nunca —la noche de la luna negra— su querida madre había exhalado su último suspiro.

Nada bueno había ocurrido jamás en la oscuridad.

Un trueno grave y estentóreo agitó el suelo de madera y el coche se detuvo poco a poco. Alguien llamó a la puerta. La cabeza de su regente oficial, Fredrick Greythorne, apareció dentro con un aullido que retumbó por encima de otra lenta queja del cielo:

—¡Se avecina una tormenta, su majestad! Esta calzada se inunda cada vez que llueve mucho.

El hermano de Fredrick y nuevo capitán de su guardia personal, Kellan Greythorne, esperaba atrás y añadió:

—Podemos abrirnos paso o guarecernos hasta que amaine.

Conrad se asomó al sendero. Habían llegado a los matorrales de espinos que rodeaban la residencia Greythorne. El viaje concluiría pronto y, ¿cuánto podía durar la tempestad? Acaso sería tan sólo una borrasca, una última rabieta del verano antes de ceder su sitio al otoño; quizá se cansaría en una hora. Así, aunque la decisión obvia era que se guareciesen a la espera de que eso pasara, se hallaban muy cerca de las acogedoras chimeneas de Espino Gris y en un rato se haría de noche.

—Continuemos la marcha —indicó Conrad—. Abrámonos paso.

—De inmediato —Fredrick intercambió una mirada con su hermano y Conrad supo que ambos habrían preferido la otra alternativa, pero el rey ya había dado su orden.

Los caballos avanzaron a un trote vertiginoso hasta que empezó a llover a cántaros. El carruaje chapoteaba sobre el fango, que en cuestión de minutos se convirtió en un pantano. Refugiado en un rincón, Conrad sentía que el artillugio se hundía cada vez más en el lodo y que el ruido exterior cobraba fuerza creciente hasta que los gritos se volvieron alaridos y la carroza paró con una sacudida brusca que lo derribó de su asiento.

Se recolocó como pudo y estiró el cuello para ver si distinguía algo entre la cortina y el marco de la ventana.

No había nadie.

El camino se revelaba desierto y guardias y caballos habían desaparecido. Tampoco llovía, todo estaba seco y en silencio; sólo se oía el murmullo del viento bajo un crepúsculo nublado teñido de rojo.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó al vacío con voz trémula—. ¿Fredrick? —tragó saliva—. ¿Kellan?

Quiso refugiarse en el carruaje, acurrucarse y esconderse hasta que sus vasallos regresaran de... dondequiera que se hubiesen marchado, pero ¿y si había sucedido algo malo?

Aurelia jamás se acobardaría en una carroza ni esperaría a que la rescataran. Sería la primera en bajar y encararía con valor cualquier riesgo, sin permitir que nada se interpusiera en su camino.

Si ella podía ser intrépida, él también.

Puso en tierra un pie embutido en un zapato dorado, luego el otro, y abandonó en el suelo del coche su abrigo de brocado color ámbar. Si iba a ejecutar el papel de héroe, no lo haría con tanto brillo; sus zapatos de punta y medias de seda eran ya lo bastante incómodas. Habría deseado salir del apuro con la malla plateada y la capa cerúlea de los soldados de Renalt, o con la larga y oscura capa con que Zan proyectaba una apariencia siniestra y amenazadora, pero tendría que conformarse con lo que llevaba puesto.

Todo parecía turbadoramente tranquilo, como si los animales e insectos se hubieran paralizado para ver lo que haría. Sacó de la funda una transparente daga de cristal, el puñal de luneocita que pertenecía a Aurelia. Lo había encontrado entre sus cosas y había decidido apropiárselo; a pesar de que, como él mismo, era corto y de frágil apariencia, poseía una fortaleza mayor que el acero. Portarlo al cinto le infundía seguridad.

Vio que algo se movía delante. Aunque al principio pensó que aquello se reducía a un efecto visual de la rara luz rojiza del atardecer, se movió de nuevo.

Conrad entrecerró los ojos.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó al silencio.

Una figura se formó bajo el humo plateado y las tétricas sombras: un espigado contorno que se materializó al instante en una silueta espesa e imponente, y se elevó sobre él. Sus ojos se ensancharon y sintió que el cuchillo se escurría entre sus dedos conforme aquel perfil adquiriría precisión y se trasmutaba no en una sino en dos entidades.

Se vio de súbito frente a los personajes de su candorosa melodía popular: un jinete envuelto en una capa gris y el espectral caballo sobre el que montaba.

*Si le ves, hijo mío, en el Ebonwilde, ¡quizá pierdas el tino y la cabeza.*

—¡Estrellas infernales! —exclamó por segunda ocasión esa tarde, giró sobre las puntas de sus zapatos y se puso a cubierto entre los espinos que bordeaban el camino.

Aquel cortinaje de espinas y ramas laceró su atavío cuando se sumergió en él. Escuchó los cascos cada vez más cerca. El bosque era casi impenetrable incluso para su pequeña complejión, así que resultaría imposible que cualquier otro pudiera entrar pero, cuando atisbó por encima del hombro, vio que el gris jinete y su corcel plateado lo cruzaban como hace el humo por una tela de alambre.

Mientras corría, también los espinos alteraban su forma; el matorral mutó en un seto que se abrió ante él para brindarle un camino empedrado. Dobló en una esquina y la siguiente; a derecha, izquierda y derecha de nuevo. Era una maraña, el laberinto de Espino Gris. Sospechó que el jinete lo enfilaba hacia la vetusta iglesia que se erguía en la convergencia de ese caos. Más allá de los arbustos, un racimo de luces titilaba entre los postigos de la ilustre mansión, tentadoras como faros.

La cercanía del jinete lo empujó a apresurar el paso. Las campanas del templo tañeron una melodía discordante mientras él salvaba los últimos meandros que lo separaban del santuario. Hizo el esfuerzo de recordar la ruta que Kellan le había enseñado y no cesaba de girar a diestra y siniestra en aquellas curvas y espirales, aunque perdía ventaja siempre que se veía forzado a retroceder porque daba una vuelta equivocada.

Llegaron juntos al centro. A un relincho del potro, el jinete alargó los dedos desde los holgados pliegues de su manto incoloro mientras Conrad se empeñaba en alcanzar los escarpados peldaños de la capilla.

Por un momento, todo se detuvo. Ambas figuras se petrificaron en el percudir de un latido, quizá dos, antes de que las campanas enmudecieran y la totalidad de las cosas —el suelo, el aire, la trama de la realidad— se astillara en un destello abrasador y una eufórica vibración de fuerza.

En el camino a Espino Gris, la lluvia feneció de modo tan abrupto como había comenzado, y los peregrinos percibieron a lo lejos las campanadas de la Stella Regina. Fredrick Greythorne fue a comprobar que el chico bajo su tutela no se hubiese alarmado con la tosca sacudida del carruaje cuando lo habían sacado del cieno. Abrió la puerta y vio que cabeceaba con un manojito de envoltorios a su lado, la radiante cabellera revuelta y el calzado y las medias de satén hechos jirones. Se había quedado dormido sujetando la extraña caja sorpresa de nueve cantos.



**M**i adversario era un comerciante de edad madura que respondía al nombre de Brom Baltus. Se había detenido en la taberna del Canario Silencioso con la ilusión de procurarse compañía femenina y jugar un par de manos de Ni lo uno Ni lo otro antes de remolcar sus haberes —una carretada de manzanas, quesos y licores finos— por el último trecho de su ruta. Quiso la mala fortuna que se sentara conmigo en la mesa de juego; cuando acabase con él, se juzgaría con suerte si le quedaban algunas monedas para volver a casa junto a su infeliz esposa, y ya no digamos para que pagara una o dos horas del valioso tiempo de una de las mujerzuelas del Canario. Yo lamentaría para entonces haberlas privado de un buen cliente aunque, a juzgar por el aroma de Brom, seguro que a ninguna de ellas le importaría.

Se inclinó para mostrar su penúltima mano. Su sonrisa de suficiencia exhibió una boca llena de dientes manchados de tabaco.

—El Triste Tom —empujó la carta hacia mí—. Es hora de que eleve su apuesta, señorita, si no quiere verse forzada a enseñar su juego.

Arrugué la frente cuando vi en esa carta la imagen de un sujeto desangelado y con los párpados caídos que apre-

taba una ajada margarita de cuatro pétalos. Era una jugada demasiado audaz para un hombre que menos de cinco minutos antes se había chamuscado el bigote en el intento de encender su pipa. Yo había apostado ya todo el dinero que pensaba poner en juego —doce coronas de oro obtenidas a lo largo de dos meses de cautelosas victorias de naipes— y me quedaba muy poco que aportar. Si no alegraba con algo a ese Triste Tom, perdería todo aquello y, por añadidura, la carreta de mercancías.

Dudé un instante, introduje la mano en mi bolso y cogí el último objeto de valor que me quedaba: un fino anillo de oro blanco con una gema exquisitamente tallada. Aunque no lo había usado en varios meses, no me resignaba a guardarlo en un joyero. Incluso ahora, mientras brillaba en el centro de la mesa y el reflejo de las velas en su faz estallaba en un millar de irisadas esquirlas, sentí el agudo temor de perderlo. Pero ansiaba emprender planes que resultarían muy caros, y los productos de Brom contribuirían a que los hiciera realidad.

—Nada se asemeja a esto en la joyería de Achleva —afirmé—. Es una gema de luneocita pura, diestramente pulida y magistralmente engarzada.

—¿Y qué le hace pensar que vale...?

—Pertenece a la difunta reina Irena de Achleva —lo interrumpí—. Tiene grabadas sus iniciales y el sello de la familia Achlev —tendí los dedos e incliné la cabeza con arrogancia, los ojos todavía ocultos bajo la oscura capucha—. ¡Imagina lo que darían las damas de la corte de Syric por una reliquia como ésta!

Le brilló la pupila; sabía muy bien a qué cantidad me refería. Los vestigios de la arruinada dinastía de Achlev se habían

vuelto sumamentepreciados entre la élite social de Syric. Y como este anillo había pertenecido a la última reina... valía el doble de las monedas que se apilaban sobre la mesa. Añadí con ostentosa tranquilidad:

—¿Esto aliviará la congoja del Triste Tom?

—¡Desde luego! —respondió con una sonrisa más que satisfactoria—. Acepto su apuesta. Haga su siguiente jugada, damita.

*Damita.* Si un hombre hubiera realizado ese envite, se lo habría visto con recelo. Este idiota se habría preguntado: *¿Qué mano podría justificar una oferta tan extravagante?* Pero dado que yo era mujer, y joven además, Brom Baltus interpretó mi ocurrencia como señal de que se había llevado la partida. De que estaba acorralada y había hecho ilusamente mi última propuesta desesperada, con el único fin de seguir en el juego.

¿Qué había dicho Delphinia una vez? *No se juega con la baraja, se juega con el rival.*

Pese a que estábamos todavía a dos jugadas de concluir, yo ya había ganado.

Esperé a que se vanagloriara y en mi turno siguiente saqué al Herrero Prodigioso, radiante con su gran barba castaña y delantal con volantes, martillando feliz en su fragua. Mi enemigo hizo justo lo que suponía: confundió esa carta de soporte con una de escisión y puso sobre ella a la Dama sin Amor. Se recostó en su asiento con un gesto de desdén, persuadido de que había asegurado su éxito.

—La Dama sin Amor acaba de meter al horno a su Herrero —dijo—. Ha llegado el momento de que pague.

—¡Ah! —repliqué—, pero el Herrero se vale por sí solo. No requiere el consentimiento de la Dama sin Amor —esbocé

una sonrisa—. Lo que significa que dispongo de un naipe más para jugar.

Giré mi última carta con ensayada lentitud y me regodeé más de la cuenta en la nueva expresión de Brom —desinterés seguido de disgusto, alarma y consternación— cuando reparó en lo que había hecho.

La Reina de Dos Caras lo miraba de frente.

En ese naipe se plasmaban dos versiones de la misma mujer, una con un pelo tan oscuro como la noche contra un fondo nevado, la otra de cabello tan blanco como el hielo sobre un bosque negro. Guardaban una posición idéntica, como si la línea que las dividía y atravesaba la carta fuera un espejo. Y, en efecto, el naipe mismo ejercía como tal, porque reflejaba los pasos que habían dado los jugadores. Todas mis cartas habían sido de soporte y, las de Brom, una tras otra de escisión. Se había destruido a sí mismo.

Cogí el anillo de la pila de monedas y lo hice girar en la punta de mis dedos. Me permití un fugaz minuto de melancolía antes de depositarlo otra vez en mi bolsillo.

—Bueno —dije con brusquedad y eficiencia—, ¿dónde debo recoger mis ganancias?

Mientras Brom iba a lamentarse con Hicks, el propietario de la taberna, subí a mi pequeña habitación para guardar algunos de mis trofeos. Aun cuando era poco más que un armario —en especial, si lo comparaba con las espléndidas habitaciones de las chicas del Canario, al otro lado del pasillo—, tenía una ventana enorme que daba a la puerta del mesón y a la amplia campiña de las provincias de Renalt. Los lugares demasiado callados u oscuros me provocaban en ocasiones ataques de pánico; esta habitación y la bulla del edificio me sentaban de maravilla.

Las chicas del Canario no comprendían mi obstinación por conservar ese aposento cuando empecé a acumular ganancias y estuve en condiciones de costear uno más grande, y siempre me fastidiaban por ese motivo. Eran adorables y, pese a mi reticencia inicial, en poco tiempo nos hicimos amigas. Me recomendaban estrategias para mis partidas de naipes y, en ocasiones me daban pistas sobre las estrategias de mis contrincantes. A cambio de ello, yo deslizaba algunas monedas para ellas si sus sugerencias resultaban valiosas. Aunque todas habían sido bautizadas de niñas, cuando llegaron a trabajar al Canario Silencioso cada cual había elegido un nuevo nombre. Ahora se llamaban Lorelai, Rafaella, Delphinia y Jessamine, apelativos dotados de un precioso fulgor; si los decías juntos, tenías la impresión de que joyas de vivos colores resbalaban entre tus dedos.

Situado en la intersección de cuatro de las provincias más remotas de Renalt, en el Canario Silencioso no cesaban de cerrarse negocios encima y debajo de la mesa, así que era un asilo tanto para el mercader honrado como para el bandolero. Estaba tan lejos de Syric que a la capital le incomodaba vigilarlo, y era tan céntrico que constituía una escala obligada para los comerciantes y viajeros que atravesaban Renalt. Era un sitio en el que podías ser quien te diera la gana sin que nadie lo cuestionara o le importase siquiera. Y si bien todos sabían quién era yo, jamás me hacían sentir diferente por esa causa.

Delphinia bajó las escaleras en compañía de un cliente a la vez que yo subía.

—¡Buenas noches Delphinia, padre Cesare! —les dije cuando me crucé con ellos.

—Estás de un humor excelente. ¿Has tenido una noche tan buena como nosotros? —preguntó ella.

—Así es —contesté—. Tenías razón en que debía utilizar la Reina de Dos Caras. Brom Baltus no imaginaba lo que le esperaba.

Contuvo una sonrisa.

—No te fíes de ese hombre, Aurelia. Es malo, no lo trates a la ligera.

La tranquilicé:

—Está ofendido, ¡claro!, pero Hicks lo despachará rápidamente.

Por fortuna, durante sus años como dueño del Canario Silencioso, Hicks había desarrollado una lánguida indiferencia. Si nadie moría o agonizaba, prefería que no le estorbaran en su afición de tallar juguetes y baratijas, como la caja sorpresa que le había comprado para obsequiársela a Conrad. Desde luego, él no levantaría un meñique para interferir en los resultados de una ronda justa de Ni lo uno Ni lo otro.

Resté valor a las preocupaciones de Delphinia y me volví hacia el padre Cesare.

—¿Tiene alguna noticia para mí?

El cura de suave voz rebuscó algo en su sotana.

—Sí, muchacha —dijo—. Esta mañana ha llegado al santuario un paquete dirigido a ti, de parte de un tal Simon Silvis. Ésa es la causa de que haya venido esta noche —y agregó, de cara a la sonrisa de complicidad de Delphinia—: Bueno, una de las causas.

—¿De parte de Simon, dice usted? —pregunté incrédula. Tras la caída de Achleva, Simon Silvis había optado por recluirse en la soledad de la abandonada sede de la Asamblea, porque, dijo, dedicaría al estudio el resto de su vida, sin las diarias presiones y penalidades de un reino en guerra consigo mismo. A nadie le pasó por alto que hubiera decidido reti-

rarse al único lugar en el mundo donde apenas unos cuantos lo encontrarían: quería que lo dejaran en paz. Aunque no lo culpé entonces, jamás pensé que algún día volvería a saber de él—. ¿Por qué él me enviaría algo con usted?

El padre Cesare me tendió un pequeño paquete y dijo:

—Ocurre con más frecuencia de lo que imaginas. En el santuario de la Stella Regina nos distinguimos por nuestra... discreción... en ciertas materias. Tenemos una mente más abierta que muchos de nuestros seguidores, en particular los adscritos al brazo judicial de la fe —alzó las cejas con toda intención: se refería al Tribunal.

Desaté el cordel y retiré la envoltura. Dentro había un libro de antigüedad indefinida, encuadernado en piel teñida de un color esmeralda oscuro y con un motivo en relieve de largas y rosadas ramas. Lo abrí y hojeé con lentitud sus delicadas páginas. En ellas abundaban arcaicos dibujos de trazos circulares y figuras extrañas, con anotaciones en una lengua que no reconocí.

—No entiendo —dije al fin—. ¿Por qué me lo enviaría Simon? No puedo leerlo.

—Soy el archivero del santuario —Cesare se aproximó y elevó las gafas que le colgaban del cuello para examinar el volumen—. Pese a que es indudable que no soy tan versado en estas cosas como los miembros de la Asamblea, no creo que sea presunción sostener que tengo facilidad para la antigua lengua vernácula. ¡Ah, sí! Esto está escrito en el dialecto anterior a la Asamblea, que utilizaban los clanes encabezados por mujeres en el Ebonwilde. Calculo que es del año 450 AA, aproximadamente.

—¿Está diciendo que este pequeño libro tiene dos mil años de existencia? —preguntó Delphinia boquiabierta.

—Quizás el libro mismo no, pero el idioma en el que está escrito sí. Cien años más, cien años menos.

—¿Pero qué *dice*? —cuando di la vuelta a otra página tropecé con tres siluetas superpuestas de apariencia humana, trazada cada una de ellas con una tinta de diferente color.

—Creo que podré descifrar unas cuantas palabras apenas —respondió Cesare—. Veamos... *Vida, ¿o será carne? Sueño. Alma...* —se encogió de hombros—. Aunque mi versión es inexacta y he perdido práctica, en el templo tengo algunos manuales que te ayudarán a traducir este documento. Si así lo deseas, preséntate conmigo mañana antes de la coronación.

Me puse tensa, peroforcé una sonrisa.

—Lo haré si decido asistir a la ceremonia —le deslicé una de mis monedas recién obtenidas—. Gracias por traerme el libro —añadí—. Ha recorrido un largo camino para entregarlo —miré a Delphinia—. Me alegra saber que ya está sacando provecho de su excursión.

—Siempre es un placer atender a los fieles del Canario —dijo con un brazo firme sobre la cintura de la joven—. ¿Quieres que te compre otra copa con estos nuevos recursos, corazón?

Los labios color grosella de Delphinia se curvaron en una sonrisa.

—Si no hay otro remedio...

De regreso en mi habitación, guardé el inusual regalo de Simon en mi bolso, donde el paño de sangre todavía exhibía la redonda gota color ocre de su sangre, y extendí en la mesa mis ganancias a fin de contarlas. Ya había ahorrado casi lo suficiente. Justo cuando la coronación concluyera y Conrad fuese oficialmente investido rey, con Fredrick como regente, yo

tendría la posibilidad de pagar un camarote en el *Humildad*, la embarcación de irónico nombre propiedad de Dominic Castillion. La fortaleza flotante del autoproclamado nuevo rey de Achleva era célebre por su belleza y brutalidad. De insólito diseño, su propulsión no dependía de remos ni viento, sino del carbón y el vapor procedentes de los grandes hornos alojados en sus entrañas, lo que ofrecía amplio espacio para salones de baile, cámaras de banquetes y baños en cubierta, bajo la cual desnutrados y maltrechos prisioneros trabajaban sin descanso en medio de un calor infernal.

Las primeras monedas que había ganado en el Canario las había destinado en su totalidad a pagar una copia de los planos de ese navío a un refugiado de Achleva que llegó una noche ahí, se embriagó y aseguró que había trabajado en un astillero para la familia Castillion y participado en la edificación de la flota de ese ambicioso noble. Aun si embellecía o falseaba la verdad, le ofrecí diez coronetas de plata si producía unos diagramas de la nave en el dorso de la elegante papelería membretada del Canario que Lorelai había ordenado a montones para escribir esmeradas y prohibidas misivas a sus amantes predilectos.

Aquel hombre recreó de memoria el esquema del *Humildad* totalmente borracho, pero sus planos eran notoriamente complicados y estaban repletos de detalles que revelaban un íntimo conocimiento de la disposición física del navío. Di por buenos sus informes y dediqué las ocho semanas siguientes a estudiar sus dibujos con el propósito de memorizar cada detalle decisivo, cada debilidad. Como el buque estaba protegido por una flota de naves de combate bien pertrechadas, el único modo en que podría abordarlo consistía en que adquiriera un pasaje y asistiese a sus bailes y festines. Y aunque

esta idea me desagradaba mucho, haría lo que fuera necesario para poner fin a ese infausto intento de sustraer la corona de Achleva.

Castillion era un monstruo, y yo no descansaría hasta que su barco y él hallaran su última morada en el fondo del gélido Mar de Achleva.

Alguien llamó con suavidad a la puerta.

—¡Está abierto! —arrastré los apuntes y monedas al cajón principal del escritorio, donde los reuní con algunas de mis prendas más preciadas: un espejo de mano con marco de plata, frascos de perfume del continente y joyas demasiado bonitas para venderlas y demasiado exóticas para llevarlas. En ese preciso momento se me ocurrió sacarme del bolsillo el anillo de luneocita y depositarlo sobre la pila. Si no lo llevaba conmigo, no me sentiría tentada a apostararlo de nuevo.

Cerré el cajón y me senté en el lecho justo antes de que Jessamine se asomara.

—Tengo algo para ti —deslizó sobre un hombro sus profusos rizos castaños y exhibió el brillo espléndido de sus ojos marrones. Pese a que se encorvó para entrar, estuvo a punto de golpearse con los bajos aleros del techo, de muy acusada pendiente—. No sé cómo soportas esto —respingó—. Yo no podría.

—Tú me sacas una cabeza —respondí.

—Esta habitación sería sofocante hasta para un bebé —se sentó a mi lado—. Y con esa ventana y tanto ruido... ¿cómo consigues dormir?

—No duermo muy bien —admití—. Y cuando lo hago, descanso mejor si hay gente cerca, en un vaivén eterno...

—¡Ah, sí! —resopló—. Te gusta demasiado la gente.

—Me gusta saber que está ahí —repuse—. Nada me obliga a entablar amistades.

—¡Luceros celestes! —unos hoyuelos se formaron en sus mejillas—. ¡Vaya si eres extraña!

—Has dicho que me habías traído algo —me animé—. ¿Es más chocolate de Halderia? ¡Dime que eso es, por favor!

—No, no es chocolate —contestó—, sino algo mejor —sacó una botella descorchada que mantenía oculta a sus espaldas.

—¿Has traído vino? —reprimí una sonrisa—. No podré beber contigo esta noche, Jessa. Tengo que salir.

—No es un vino cualquiera —replicó—. Es vino de gravidulce.

Mis cejas se levantaron en el acto.

—¿Dónde lo has conseguido?

—Brom Baltus guarda una docena de botellas en su cargamento. Por más que este vino cueste una fortuna, vale cada centavo que inviertes en él.

—Supongo que eso significa que ahora *yo* soy la orgullosa propietaria de una docena de botellas de vino de gravidulce, porque acabo de ganarle su carreta en una partida de Ni lo uno Ni lo otro —quedó estupefacta—. Coge todo el que quieras —continuó—. Lo único que me interesa son las manzanas y los bienes sólidos.

—No me importa si compartes o no tu vino de gravidulce, Aurelia. Me preocupa Brom Baltus. No le gusta perder. Y no le hará feliz perderlo *todo*.

—Delphinia me ha dicho lo mismo —subí los hombros—, pero el orgullo herido de Brom no es asunto mío —lancé la mirada al cajón de mis ahorros antes de devolverla al recipiente en la mano de Jessa—. ¿Por cuánto has dicho que podría venderse este vino?

—Por el doble de una botella del Canarias, tal vez el triple.

Hice los cálculos. Eso me daría más de lo que necesitaba; podría adelantar mis planes un mes al menos. De pronto sentí un gran alivio.

—Quizá deberíamos celebrar la adquisición —cogí la botella—. ¿Me producirá alucinaciones?

—¿Alucinaciones? ¡Por favor! Sólo dará brillantez a las cosas que te rodean —vio que bebía un sorbo—. ¿Sientes algo?

—Miedo no —respondí—. Y no veo brillante tampoco. ¿Estás segura de que Baltus no ha mentido? El gravidulce es difícil de conseguir y no cualquiera lo reconocería adulterado.

—Me terminaré esta botella para ver qué pasa —dijo con cinismo—. Preferiría estar segura.

—Ya me contarás mañana por la mañana —me erguí para coger mi capa colgada junto al dintel pero me detuve cuando me vi en el espejo que estaba sobre la mesa—. ¿Has notado eso? —pregunté.

—¿El qué?

—Mi reflejo. Por un segundo parecía... diferente. Distinto a mí.

—¡Quizás este vino sí causa alucinaciones! —replicó entusiasmada—. ¿Cómo te has visto? ¿Como una sirena, un duende?

—No —contesté—. Era yo, pero con el pelo más oscuro, casi negro —sonreí con timidez.

—Siempre he pensado que estarías imponente de morena —dijo—. Tengo los tintes que necesitamos. Bastaría con que lo pidieras... —me guiñó un ojo.

—¿Son los mismos con los que el mes pasado teñiste de verde el pelo de Rafaella? —sonreí—. Gracias, no me interesa.

—¡Se le fue en un par de días! —protestó—. Y sus bonos subieron como la espuma. Incluso quiere intentarlo de nuevo.

—Rafaella podría estar calva y de todas formas la asediarían —cubrí mi espalda con la capa y me colgué el bolso al hombro.

—Tienes razón —aceptó—. ¿Adónde vas?

—Adonde no te incumbe —dije.

Me dedicó una amplia sonrisa.

—¡Saluda a Kellan Greythorne de mi parte!